

*Pablo: “¡Despierta, tú que duermes, levántate de entre los muertos y que Cristo te ilumine!”. Sobre tu palabra, Señor, creo que volveré a vivir con todos los míos y con la multitud de aquellos por los que tu diste la vida. Entonces, la tierra será renovada y rehabilitada, y ya no habrá ni muerte, ni miedo, ni lágrimas... Amén”».*

María NARBONA CÁRCELES  
Universidad de Zaragoza

---

## Ángel Juan Martín Duque (1926-2019) *in memoriam*

CATEDRÁTICO DE HISTORIA ANTIGUA Y MEDIEVAL,  
UNIVERSIDAD DE NAVARRA

El pasado 6 de agosto, casi el mismo día que su maestro D. José Ma. Lacarra (el 5 de agosto, pero de 1987) moría en Pamplona Ángel J. Martín Duque, don Ángel, catedrático de Historia Antigua y Medieval en la Universidad de Navarra, a la que se había vinculado desde 1958, cuando todavía era el inicial Estudio General. Don Ángel había venido a Navarra de manera más o menos transitoria, como primer destino de su recién obtenida plaza en el Cuerpo Facultativo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos. Pero las provisionalidades, ya se sabe, a veces se prolongan más allá de lo que uno planeaba y la vida se reorienta hacia otras rutas. Don Ángel hizo la suya en Pamplona, donde enraizó con su familia y donde fue generando un considerable elenco de discípulos. Con una vida sin duda larga, 93 años, desde una compleja infancia marcada por la guerra hasta, en los últimos años, un variado elenco de tristezas personales, entre ellas la desaparición de Mari Carmen, su muerte provocó diversos artículos en la prensa y en boletines de otras asociaciones<sup>1</sup>. En 1991 había recibido la Medalla de Oro de Navarra y todo el mundo era consciente de que con él se perdía un valor indiscutible, un investi-

---

<sup>1</sup> En particular *Diario de Navarra* del 7 de agosto, artículos de C. Jusué Simonena, L. J. Fortún Pérez de Ciriza y yo misma, aparte de la reseña de la propia redacción del periódico. Con posterioridad, R. Felones Morrás le dedicó así mismo una de sus columnas en el mismo periódico (15 de agosto). También *El Heraldo de Aragón*, en su tierra natal, le dedicó un artículo el mismo día. El *Boletín de la Sociedad Española de Estudios Medievales* publicó un obituario encargado a F. Miranda García (n. 67, septiembre-octubre, pp. 22-26) y la revista *Ruta Jacobea*, de la Asociación de Amigos del Camino de Santiago de Estella, de la que era socio de honor, publicó otro de J. Carrasco Pérez (año XVI, diciembre 2019, pp. 16-19).

gador infatigable y un maestro. Cuando en noviembre de 1997 Esteban Sarasa y Eliseo Serrano organizaron en la Universidad de Zaragoza un coloquio destinado recordar la importancia de quince historiadores en la historiografía española del siglo XX, en los ámbitos de la Historia medieval y moderna, don Ángel fue uno de ellos<sup>2</sup>, junto a su propio maestro Lacarra y a otro particularmente admirado por él, Jaime Vicens Vicens.

A don Ángel le interesaba mucho analizar las palabras, y «discípulo» es una muy especial, indeleblemente unida a esa otra de «maestro». No hay el primero sin el segundo... pero ser un maestro es excepción. Cuando en el 25 aniversario de las Semanas de Estudios Medievales de Estella, don Ángel explicaba y luego escribía<sup>3</sup> su particular «ensayo de ego-historia», recordaba precisamente a sus maestros («somos enanos a hombros de gigantes», como sabiamente indicó Ivo de Chartres hace varios siglos) y muy en particular al suyo directo, don Jose María, y en concreto las últimas palabras que éste le dijo, ya en sus últimos momentos: «muchas gracias». A este legado atribuía todos sus posibles méritos; y el suyo propio, al final de aquel texto, entendía que era...sus discípulos. Releyendo ahora este texto estellés, donde como única y forzada vez puso por escrito algunas de sus reflexiones más personales, casi parecen volver a la vida algunos de sus gestos y su peculiar manera de hablar. Porque don Ángel escribió menos de lo que hubiéramos deseado todos; primero porque el afán por rellenar metros de estantería no tenía nada que ver con él. También porque su intensa preocupación por la exactitud, la pulcritud del lenguaje, la precisión terminológica y conceptual hacía –además– que nunca estuviese realmente satisfecho de lo que enviaba a la imprenta. Pero sobre todo porque le ocupaba más el tiempo que dedicaba a las personas. Por ese motivo, y junto a la indiscutible calidad y novedad de todas sus publicaciones, sin excepción –donde no hay ni una sola de relleno– su magisterio personal fue intenso y sin medida. Nuestros trabajos estaban siempre por delante de los suyos, las horas de despacho, de café, de una cerveza en su barrio, eran siempre las más largas, y el diálogo era una constante permanente en su forma de trabajar. El seminario de investigación semanal, tarde tras tarde, nos enseñó a destripar por completo cada documento aparentemente mudo, a darle la vuelta y

---

<sup>2</sup> J. Carrasco fue el encargado de ocuparse de don Ángel, «Martín Duque y la historiografía medieval navarra», en Monográfico: *Historiadores de la España Medieval y Moderna*, en *Revista de Historia Jerónimo Zurita*, 73/1008, publicado en 2000, pp. 49-67.

<sup>3</sup> «Las “Semanas de Estella” y el medievalismo hispánico: un ensayo de ego-historia», en *La Historia Medieval en España. Un balance historiográfico (1968-1998)*, 25 Semana de Estudios Medievales, Estella 1998, Pamplona, 1999, pp. 23-49.

hacerle mil preguntas: y a discutir y debatir, porque cómo el mismo reflexionará luego, la «escuela» sólo se puede concebir como algo dinámico y plural<sup>4</sup>.

Don Ángel iniciaba aquel texto estellés aludiendo a lo que pretendía hacer en las páginas siguientes: pensar en «la Historia que nos fue haciendo», la «que uno ha hecho»... «y la que deseó hacer». Las dos primeras son conocidas, y yo no puedo añadir nada en ese sentido. Pero... ¿cuál había «deseado hacer»? Y más todavía ¿Es ésta una reflexión que más tarde o más temprano todos haremos? Porque fue la misma de mi propia madre, también una académica con una riquísima trayectoria, al final de su vida prematuramente terminada. Quizá porque esa Historia –o Filología– que «nos hace», nos lleva a unos derroteros o a otros, que inicialmente no estaban en el programa. Y hacer brillar los mimbres que se nos dan –«lo que trajo el barco», que dicen en el Caribe en alusión al barco de la Metrópoli que iba una vez al año– es una rara virtud.

La tesis doctoral de Don Ángel (1956) se ocupó de la documentación del monasterio de San Victorián en Sobrarbe entre los siglos XI y XIII. No era sólo una colección de textos pulcramente transcritos, analizados a conciencia y trabajados con precisión, que también: se trataba de «captar el pulso de las sociedades de los primeros establecimientos pirenaicos a través de la recuperación, depuración e interpretación de los documentos escritos conservados»<sup>5</sup>, en este caso de una comarca fundamental del Pirineo central, la de las tierras de Sobrarbe y Ribagorza. Fue la primera tesis doctoral registrada en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Zaragoza, con un tema aprobado tres años antes y desarrollado bajo la dirección de don José María Lacarra, por supuesto. Tres años de tesis, como –por cierto– indica la actual legislación universitaria, en la estela de otro investigador al que don Ángel siempre admiró profundamente, don Ramón d'Abadal i Vinyals. En aquellas fechas, don Ramón había publicado obras fundamentales y aún hoy imprescindibles sobre los condados catalanes, incluyendo su *Catalunya Carolingia* (1926-1952). Cuando yo misma hice mi tesina de Licenciatura sobre el monasterio de Lavaix, en Ribagorza, esa obra en 3 tomos fue lo primero que don Ángel puso en mis manos; para entonces ya habíamos leído otras cosas de Abadal en los seminarios de investigación. Los territorios pirenaicos de un lado y otro de la cordillera,

<sup>4</sup> *Ibid.*, p. 1028.

<sup>5</sup> Así lo destaca Á. Sesma Muñoz en el prólogo a la edición de la tesis, que ha visto la luz casi 50 años después de su defensa y conformó el segundo número de la colección «Textos e Instrumentos para la investigación», del Departamento de Historia Medieval. Ciencias y Técnicas Historiográficas y Estudios Árabes e Islámicos de la Universidad de Zaragoza (Á. J. MARTÍN DUQUE, *Colección Diplomática del Monasterio de San Victorián de Sobrarbe [1000-1219]*, Zaragoza, 2004).

desde las suaves ondulaciones gasconas y las luminosas tierras rosellonesas hasta las comarcas prepirenaicas y los valles transversales catalanes... esos fueron siempre los espacios que a Don Ángel le atrajeron poderosamente. Las diversas tesinas que dirigió sobre los pequeños monasterios, la recuperación de materiales que ya había iniciado mucho antes Lacarra, la atención a centros espirituales con honda raíces en el territorio –Ujué, Torreciudad–; las ya tesis doctorales de otros monasterios y centros fundamentales –por supuesto Leire o Roncesvalles, y no digamos su San Victorán mismo–, todo apuntaba a la misma dirección: el análisis del espacio, los poderes, las interacciones, el control del territorio; y en ese arco pirenaico que daría lugar, más tarde, a diversos tipos de realidades políticas y fidelidades personales. Pequeños y grandes sillares que fueron cimentando un estudio de conjunto... que nunca llegó a culminar. Don Ángel concebía así el trabajo: proyectos de envergadura y larga duración, atendidos desde diversos frentes y sensibilidades para alcanzar todos los detalles y todos los matices. Fue ese, quizá, un proyecto inconcluso; pero buena parte de las piezas ya están ahí, para que la investigación siga y las haga encajar. Y varios de sus trabajos avanzaron pistas y propuestas en ese sentido.

Aquella tesis marcaba indirectamente –quizá– otra línea de trabajo que el maestro igualmente arrojó con especial predilección y ambiciosos horizontes de análisis: junto a las fuentes documentales, singularmente las normativas. J. Ma. Lacarra había inaugurado en 1964 la colección «Fuentes para la historia del Pirineo»<sup>6</sup> –otra vez el arco pirenaico como espacio de atención preferente– iniciada con el Fuero de Jaca, de Molho, que don Ángel revisó y ajustó minuciosamente. ¿Cuántas obras de otros mejoró sustancialmente y en silencio don Ángel? Siempre decía que era «un mero maquillaje». Luego se publicaría la documentación de Irache de Lacarra, cuyas transcripciones repasó con detalle y muchos años después publicó el segundo tomo. En esa colección, o en otras posteriores, don Ángel amparó –o hizo él mismo– la publicación de fueros de todo nivel, documentación monástica, urbana. No ocultaba su admiración por un modelo de primer nivel, a su vez escuela de historiadores, paleógrafos y diplomatas: los *Monumenta*, sólida edición de las fuentes carolingias por parte de la prestigiosa escuela alemana, algunos de cuyos tomos había obtenido él mismo para la biblioteca de la Universidad de Navarra como un obsequio de la embajada de Alemania<sup>7</sup>.

<sup>6</sup> Referencia en J. Carrasco, *Martín Duque y la historiografía medieval*, pp. 55-56.

<sup>7</sup> *Monumenta Germaniae Historica*, iniciado en 1826, su primer editor fue G. Pertz 1826-1874. Desde entonces, y sobreviviendo a dos guerras mundiales, cuenta con más de 300 volúmenes y se han ido incorporando otras series adicionales a las cinco previstas en un principio. En la actualidad cuenta con acceso online (<https://www.dmgh.de/>).

Nadie dudamos del fino análisis y estudio de cada una de las piezas publicadas en los MGH, garantía siempre de precisión... y eso quería don Ángel para las fuentes del espacio pirenaico occidental y central; porque para el oriental sabía que las de Abadal eran igualmente modélicas. Fijarse en los fueros, singularmente los del espacio navarro, lo llevó a estudiar las tradiciones jurídicas y culturales, la génesis del discurso político de la realeza, la formación de sus intelectuales, el cuerpo social, los contenidos del poder señorial –laico o eclesiástico– y, sin duda, lo más complejos del poder real. Detrás irían las estructuras de control del espacio, el análisis del espacio mismo, la organización del poblamiento, la simbología. Y la génesis del reino y de sus concepciones ideológicas, una vez más con la mente en los espacios y gentes del Pirineo y el valle del Ebro en su más amplio contexto.

Y vendrían así mismo formas de trabajar y metodologías siempre avanzadas y precursoras; planteó el análisis prosopográfico como sistema de trabajo cuando éste oteaba ya en la historiografía europea... pero casi nadie le hacía caso en España. Compró el primer ordenador del departamento cuando ni se intuía internet, los programas y el sistema no cabían en la misma máquina y hacernos confeccionar una base de datos era una paciente proeza. El primer ordenador *portátil* que hubo en el departamento pesaba cerca de 7 kg. Sus doctorandos empezamos trabajando con las primeras versiones de *word* y de *filemaker*, y con bases de datos relacionables que hasta entonces sólo usaban en los departamentos de Ciencias. En el servicio de ayuda informática a la investigación, en mis años de la tesis doctoral, me recibían más o menos aterrados, a ver qué idea llevaba para esas fichas tan pintorescas que pretendíamos hacer. Pateamos excavaciones de período medieval: una metodología de análisis del poblamiento y de las formas de vida material que él inició de manera pionera en Navarra, siguiendo las pautas de M. Ríu Ríu en Cataluña, a quien trajo a Pamplona al seminario de doctorado y a la primera tesis de ese perfil, de Carmen Jusué. Entonces muy pocos pensaban que la Arqueología podía aportar algo en este período. Y dibujamos mapas: la primera tarea que don Ángel me encomendó fue pintar mapas con lápices de colores, en el *Gran Atlas de Navarra*, confeccionado todavía con métodos que hoy en día resultan impensables ¿alguien usa todavía el Rothring para dibujar un mapa? E hicimos fichas –«la esclavitud de la ficha» decíamos–, primero en octavillas en una y mil cajas, luego en aquellos primeros ordenadores. Y trabajamos todos juntos; hizo de nosotros un equipo porque nos puso a trabajar juntos, a coordinar nuestro trabajo, a completar el de unos con el de los otros; a comentarlo, debatirlo, discutirlo...una vez y otra. Porque nada estaba cerrado, tampoco sus propios trabajos; la interpretación sólida, coherente y bien fundamentada... puede admitir otras interpretaciones de iguales características. Y es por esto que, como decía G.

Duby... «la Historia continúa». Continúa –y ahora con Marc Bloch, el otro referente de don Ángel– porque cada presente plantea sus preguntas, interroga las fuentes, cuenta con más información o con otras perspectivas para analizarla. Así que, tenemos trabajo. Don Ángel no lo terminó, como tampoco lo terminaron los otros «gigantes anteriores», ni lo terminaremos nosotros.

Aprendimos todo eso...porque trabajaba *con* nosotros. Porque fuimos muy importantes para él; porque nos dedicó su tiempo sin medida; leyó, corrigió, anotó, discutió todo lo que hemos publicado, en mi caso al menos hasta incluso hace unos pocos años, en que leer le costaba demasiado. Y discutió, debatió, modificó, con nosotros todo lo que él hacía; también quería nuestra visión, aunque no fuera acorde a la suya. Tuvo una total confianza en nuestra capacidad y se enorgullecía intensamente de cada uno de nuestros pequeños o grandes logros: de los académicos y profesionales y de los personales. Y él, a quien la vida le deparó tiempos difíciles que a veces recordaba al hilo de un café<sup>8</sup>, y además intensas tristezas que siempre afrontó con una Fe auténtica y tenaz, austera siempre –como todo en él–, también se entristeció genuinamente de nuestras eventuales desilusiones y nuestras pérdidas. Su obra y su trayectoria ya ha sido puesta de relieve por otras personas, particularmente en los textos reseñados más arriba a cargo de discípulos y colegas; su curriculum es bien conocido. Pero unas palabras, de las pocas que escribió sobre su propia percepción de sí mismo, lo retratan mejor que nada: consideró haber tenido una «apasionante carrera vital y académica», según él «poco o nada descolante», porque todo se lo debía «al legado de su maestro», Lacarra<sup>9</sup>. Cuando tengo el privilegio de llevar su toga y birrete en los actos académicos, que él me dio hace muchos años –a muceta que uso era la de mi madre–, no puedo olvidar que tuve un maestro excepcional.

Eloísa RAMÍREZ VAQUERO  
Universidad Pública de Navarra

<sup>8</sup> En su «Ensayo de Egohistoria», don Ángel recuerda la guerra de una manera que, en el fondo trasluce, su propia trayectoria de aquellos años, todavía niño, y lo que luego le tocó vivir (p. 1037): «...otros los observaron [*se refiere a aquellos hechos de la época de la guerra*] con la atónita pero curiosa y penetrante mirada de la infancia o la adolescencia. Todos, pues, quedaron atrapados, en un bando u otro o bien sucesivamente en ambos, por el torbellino de las siniestras crispaciones preliminares, el brutal desgarramiento cainita y la retórica ‘victoria’, derrota de todos, con amargas convalecencias y cicatrices interiores prolongadas además por los inmediatos años de enloquecimiento mundial y penurias españolas».

<sup>9</sup> *Ibid.*, p. 1028.